

XI Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia. Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Tucumán, San Miguel de Tucumán, 2007.

# **Leopoldo Lugones: marido y amante: ¿la inseguridad personal como fuente de violencia?.**

Echeverría, Olga (CONICET / UNCPBA).

Cita:

Echeverría, Olga (CONICET / UNCPBA). (2007). *Leopoldo Lugones: marido y amante: ¿la inseguridad personal como fuente de violencia?.* XI Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia. Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Tucumán, San Miguel de Tucumán.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-108/72>

*Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.*

**XI° JORNADAS INTERESCUELAS / DEPARTAMENTOS DE HISTORIA  
Tucumán, 19 al 22 de Septiembre de 2007**

**Mesa Temática N° 9: El origen histórico de la violencia contra las mujeres:  
Discursos, símbolos, normativa jurídica y realidad cotidiana (siglos XVIII al XXI).**

“Leopoldo Lugones: marido y amante: ¿la inseguridad personal como fuente de violencia?”

Olga Echeverría

IEHS-UNICEN/CONICET

**Introducción**

Luego de muchos años de trabajo sobre los intelectuales autoritarios argentinos de las primeras décadas del siglo XX, el proyecto que actualmente me encuentro desarrollando pretende analizar algunos casos específicos con el objetivo de encontrar huellas que sean reveladoras de la cultura existente en las primeras décadas del siglo pasado. Este modelo de abordaje puede ser particularmente útil para rescatar casos que permitan una aproximación específica a las estructuras y contenidos de una cultura. Sobre la riqueza heurística, pero también sobre los riesgos de un análisis de este tipo, ha llamado la atención Carlo Ginzburg, autoridad indiscutida en la materia. Lo cierto es que el margen de incertidumbre de todo estudio histórico, dice Ginzburg, impulsa a los historiadores hacia una profundización de la investigación, que conecte el caso específico con el contexto, entendido este último como un lugar de posibilidades históricamente determinadas. Así, el estudio -en algún sentido- biográfico de un personaje se transforma también en la biografía de otros hombres y mujeres de ese mismo tiempo y lugar<sup>1</sup>.

Pero ello implica enfrentar campos de investigación escasamente tratados o directamente ignorados por los trabajos más típicos de la disciplina. No obstante, no son más que caminos relativamente diferentes que también conllevan un intento de profundizar el conocimiento de la realidad histórica.

---

<sup>1</sup> Ginzburg, Carlo: Ginzburg, Carlo: **Tentativas**, Rosario, Prohistoria, 2004

Como es sabido a partir del psicoanálisis, pero también como lo han entendido muchos historiadores, hasta los gestos inconscientes revelan tanto –o incluso más– que las actitudes formales, pensadas y “preparadas”. Por ello, esas expresiones son factibles de ser analizadas desde una perspectiva histórica para poder aproximarse a respuestas más generales que buscan las investigaciones. En definitiva, podrían ser una vía de acceso a realidades profundas que desde otros abordajes resultarían inaccesibles.

Por ello, me ha parecido oportuno y necesario atender a cuestiones centrales como el vínculo entre lo público y lo privado, las relaciones que ligan al individuo con su sociedad, las formas de sociabilidad, la renovación del lenguaje y la resignificación de palabras, la dimensión de los valores, tanto como la configuración de imaginarios y representaciones.

Los sentimientos, las angustias, las necesidades y los anhelos, muchas veces encontrados, son elementos a tener en cuenta cuando se analiza un proceso y el rol jugado por los diferentes actores. En ese sentido, el psicoanálisis puede ayudar a aproximarse a los componentes subjetivos de las conductas alertando al historiador sobre la pretendida coherencia monolítica de los sujetos, al tiempo que permite comprender contradicciones, supuestas desviaciones y la multiplicidad de papeles que cada actor desempeña según los diferentes escenarios donde se desarrolle. Como puede advertirse, el tiempo deviene en una noción clave en este recorrido. Tanto el psicoanálisis como la historiografía comparten su vocación por el tiempo y ambos deben admitir la historicidad y la contextualidad de los sentimientos, de la sensibilidad, de los valores morales e incluso de los caminos del razonamiento.

Como ha señalado Michel de Certeau<sup>2</sup>, el encuentro entre la historia y el psicoanálisis ofrece la magnífica oportunidad de construir una interdisciplinariedad profunda, que permita captar constelaciones epistemológicas que se dan recíprocamente. Y con ese aporte, el psicoanálisis, puede además poner en evidencia los prejuicios y paradigmas del historiador al estudiar su objeto. En ese sentido muestra cómo la manera de preguntar, puede orientar inconscientemente las respuestas del testigo o del documento. Igual que en la situación analítica, el "deseo del historiador" debe estar claro para no crear una “contratransferencia”, que pueda obstaculizar su investigación. En este sentido, el psicoanálisis puede servir para interrogar tanto al historiador como a su

---

<sup>2</sup> de Certeau, M: Certeau, Michel de: **Historia y Psiconálisis**, Madrid, Universidad Iberoamericana, 2003

objeto, sobre los contenidos latentes que subyacen en la mirada del investigador y en el material que examina. Ahora bien, y como advierte Peter Gay<sup>3</sup>, no se trata de llevar a los protagonistas del pasado al diván, sino de “apropiarnos” de los instrumentos analíticos que nos permitan abordar problemáticas que los enfoques históricos más difundidos no pretenden ni pueden interpelar. Así, cuando un historiador busque explicar un deseo, una angustia, etc. deberá, en principio esclarecer lo que en la época, (a partir de la literatura, el arte, la iconografía y todas las fuentes posibles) se consideraba “normal” o “extravagante” con respecto a la culpa, los temores, el amor, la rivalidad, la pasión, las angustias y a partir de allí valerse de dichos instrumentos para aproximarse a las motivaciones más profundas de su objeto de estudio. Por lo tanto, este encuentro metodológico entre historia y psicoanálisis puede ser muy productivo, siempre y cuando se obre con precaución.

### **Leopoldo Lugones: las mujeres en el discurso político y la masculinidad en el escenario público**

Leopoldo Lugones, escritor reconocido, temido, ridiculizado y celebrado, fue también un hombre múltiple, atormentado e inseguro en búsqueda inquebrantable de consideración, obediencia y honores. La gloria del poeta no parecía bastarle y pretendió ser la “*intelligentzia*” que construyera un mundo nuevo, ya que saberse creativo nunca fue suficiente, él quería ser un creador. Individualista y ensimismado, fue la figura excluyente y central de todos y cada uno de sus planes.

Como intelectual tuvo aspiraciones “universalistas”: la educación, la política, la historia, la arquitectura, la cuestión obrera, la religión, las ciencias, la “lucha entre los sexos”, el ocultismo, la economía, la filosofía, la lingüística y otras muchas cuestiones que merecían y necesitaban de su saber iluminado. Como político recorrió un camino, que muchos han considerado sinuoso, combinando algunos principios básicos y un marcado pragmatismo en búsqueda de poder en tanto poseedor de saberes imprescindibles para el desarrollo social. Su intrincada voluntad de poder creyó encontrar su lugar en el campo del autoritarismo y, particularmente, a través del golpe de Estado de 1930. Sin embargo, tampoco esa experiencia llegó verdaderamente a concretarse y vivió con la angustia de considerarse víctima de un destino injusto en un mundo que nunca terminaba de

---

<sup>3</sup> Gay, P: Gay, Peter: **La experiencia burguesa**, México, FCE, 1992

reconocerle sus méritos, que nunca llegaba a descubrir su verdadera grandeza, ni a otorgarle el lugar para el cual estaba predestinado<sup>4</sup>.

Él mismo construyó su estatua. Con gestos ampulosos y teatralizados ocupó el escenario político-intelectual para desplegar una retórica grandilocuente, provocadora y prepotente. Su carácter disruptivo lo volvió un personaje singular de la política y la cultura argentina, pero quizás también lo alejó de los espacios que anhelaba ocupar ya que lo hacía verse como un personaje inestable, poco confiable. Lo cierto es que cuando las palabras no alcanzaron, cuando entendió que su destino no se cumpliría tampoco en esta vida, dijo basta y decretó su muerte en febrero de 1938.

A las inseguridades políticas, sociales e incluso intelectuales se sumaba una incertidumbre de género. Miembro de una sociedad portadora de una masculinidad en crisis, no podía comprender ni admitir la modificación de los valores y conductas que llevaban, según entendía, a la destrucción de las jerarquías y de las pautas de dominio tradicionales, y por ende al imperio del caos. En ese sentido, el esfuerzo puesto en remarcar los valores “naturales” de la masculinidad no hacía más que poner en evidencia la crisis que esa identidad estaba atravesando. Y, precisamente por esa fragilidad, la reafirmación de la masculinidad sólo fue posible a partir de la denigración de las nuevas pautas de comportamiento femenino. Individualista extremo, conformó junto a otros intelectuales (muy diferentes a él en muchos aspectos) una identidad precaria e imprecisa que permitió el nacimiento y la extensión de una derecha autoritaria y elitista, primariamente antiplebeya y antifemenina.

El concepto de masculinidad que lo contenía y posicionaba implicaba una categoría socio cultural y psíquica profunda, de carácter civilizacional y no sólo una estructuración social. A partir de ese concepto organizador participaba de la constitución del sistema social tanto como de las diferentes formas de subjetividad e intersubjetividad social.

Siempre complejo, al mismo tiempo que reclamaba educación para las mujeres y ámbitos donde pudieran desarrollarse laboralmente y de acuerdo a sus capacidades naturales, apostó a reproducir y recrear la dominación patriarcal no sólo en el campo de las prácticas, sino que también en las representaciones e imaginarios sociales,

---

<sup>4</sup> Utilizo el término predestinado en su estricta significación, ya que Lugones, teósofo, consideraba que en esta vida le estaba asignado un destino de grandeza y dominio.

subjetividades e identidades (tanto masculinas como femeninas) con los que interpretaba –y se auto interpretaba- la división social, los valores y el deber ser.

La masculinidad pretendida abarcaba tanto criterios de hidalguía y honor como pautas de comportamiento cotidiano. En esta cosmovisión los hombres no eran tales por el sólo hecho de madurar, sino por adquirir diversas cualidades y destrezas viriles. Sí bien los hombres constituían “el sexo sin restricciones”, debían atenerse a ciertos códigos y conductas que reafirmaran su masculinidad<sup>5</sup>. Esa pretensión de masculinidad se encontraba cruzada por una no menos importante reivindicación de elitismo, lo cual llevaba a que sus perspectivas mostraran un supuesto carácter cerebral y objetivo. Lo que ha sido una constante en el pensamiento patriarcal, es decir la consideración de que la identidad masculina residía en lo intelectual (fuertemente dominada por la conciencia) y no en el cuerpo como sucedía con las mujeres, se volvió en Lugones arma crucial para enfrentar lo que describía como una feminización de la sociedad. De allí, que su definición de lo masculino atendiera tanto a lo ético como a lo fisiológico<sup>6</sup>, poniendo especial énfasis en demostrar que la virilidad debía conllevar códigos de excelencia moral e incluso un poético heroísmo. La masculinidad solo atañía a los hombres, en tanto que la feminidad –y sus formas de expresarla- era un problema de toda la sociedad. Las mujeres eran consideradas únicamente a partir de su relación con los hombres, en cambio la virilidad atendía secundariamente al vínculo entre ambos sexos. Pero, era precisamente allí donde residía una de las grandes tensiones de la identidad masculina, ya que la vida pública e incluso los caminos de reconocimiento y legitimación necesitaba de la presencia femenina. Es más, uno de los “ritos de pasaje” hacia la vida adulta, es decir hacia el ejercicio pleno de la masculinidad, se alcanzaba a través del matrimonio y la constitución de una familia a la que debía legársele una buena posición económica y un apellido con prestigio. No obstante, la hombría excluyente era un atributo que esencialmente estaba pensado desde y para vincularse con otros hombres y como fundamento esencial del poder social y político. El legitimante primario de la identidad se obtenía a partir del ejercicio de la autoridad

---

<sup>5</sup> John Tosh: “Domesticity and manliness in the Victorian Middle Class: the family of Edward White Benson”, en Michael Roper y John Tosh (eds.) *Manful assertions: masculinities in Britain since 1800*, Londres, 1991, p. 113.144.

<sup>6</sup> Stefan Collini: *Public Moralists*, Oxford, 1991.

doméstica<sup>7</sup>, y desde allí se extendía hacia la esfera pública. En el ámbito extra hogareño, los hombres de la elite debían manifestar y demostrar su autoridad a través de la intervención política, tanto como del reconocimiento alcanzado, y mediante la evidencia de una superioridad intelectual y moral. De tal modo, la sociabilidad masculina, desarrollada en asociaciones políticas, sociales y profesionales y a través de encuentros no formales, pero por ello no menos pautados ni menos importantes, contribuían a la constitución del poder masculino de las distintas fracciones de la elite. Mediante esa “alianza homo social”, como la ha llamado Eve Sedwick<sup>8</sup>, el círculo de intelectuales del que Lugones formaba parte, aunque fuera de manera laxa y referencial, buscaba constituirse en grupo de presión, sostener y afirmar el privilegio genérico y movilizar disciplinadamente a sus pares a fin de construirse un espacio de poder efectivo. Los espacios de sociabilidad con los que Lugones pretendió evidenciar su masculinidad y, por lo tanto, consolidar su dominio fueron múltiples y variados, pero sin duda dos fueron esenciales y claramente simbólicos: las tribunas políticas donde desplegó sus teatralizadas “bravuconadas” como una forma de evidenciar que era un hombre que a nada le temía y la pendana del círculo donde practicaba esgrima y desplegaba toda una serie de ritos y símbolos de una pretendida masculinidad<sup>9</sup>. Asimismo, las conferencias en el Círculo Militar fueron otro espacio privilegiado puesto que Lugones encontraba una de las formas extremas de honorabilidad –y también de erotismo– en los hombres que portaban armas<sup>10</sup>. Esos escenarios, taxativamente masculinos, fueron ámbitos distinguidos de atributos y pautas viriles y, a partir de allí, de complejos entramados de expresión política.

Sin duda, el esfuerzo por remarcar los indicios de masculinidad y el carácter limitadamente masculino de esos foros demuestran la doble batalla que lo constituía: por un lado, la urgente necesidad de recuperar o construir un espacio de reconocimiento y decisión dentro del universo de hombres, pero por otro lado, la exigencia de hacer frente a las amenazas que provenían de una sociedad en transformación no sólo política sino esencialmente social y cultural y que se manifestaban a través de una nueva

---

<sup>7</sup> Mary I. Shanley: *Feminism, Marriage and the law in the Victorian England, 1850-1895*, Princeton, 1989, especialmente capítulo 5

<sup>8</sup> Eve K. Sedwick: *Between Men: English literature and male homosocial Desire*, New York, 1985, especialmente capítulo 1

<sup>9</sup> No está demás recordar que buena parte de las fotos que han quedado del poeta son precisamente aquellas que lo muestran ataviado y con la espada en la mano en claro símbolo de masculinidad y valentía.

<sup>10</sup> Al respecto vale recordar que en la Guerra Gaucha había entregado un canto al erotismo de los guerreros que se dejaban matar sólo para honrar a su jefe.

ordenación doméstica, de nuevas presiones sociales, y existencias femeninas también novedosas. Si hasta entonces las tensiones de la masculinidad pasaban por el cruce de lo público y lo privado, a partir de la constitución de la Argentina de masas e incipientemente industrializada, el conflicto se hizo evidente en las esferas públicas y políticas donde paulatinamente emergía un nuevo actor con pautas culturales, prácticas y reivindicaciones específicas. Para que los hombres pudieran ser dominantes en el ámbito de la acción, necesitaban de la afirmación pública, de la subordinación genérica y de la aprobación de los pares. En ese sentido, el concepto de masculinidad conllevaba una jerarquización social y genérica<sup>11</sup>. Para ello, y a partir de planteos de neto contenido moral retomaron y profundizaron un diseño de destino femenino subalterno que pudiera hacerle frente e imponerse a la identidad que progresiva y trabajosamente se iban forjando muchas mujeres reales y toda una feminidad alternativa. En esa cosmovisión autoritaria las mujeres no eran vistas en tanto individuos, ni se les consideraba ninguna necesidad propia, sino que quedaban siempre subsumidas en instancias superiores como el matrimonio y la familia. Estas dos instituciones aparecían, una y otra vez, prácticamente como conceptos inclusivos, al tiempo que descaracterizadores, de la mujer en tanto individuo. El arquetipo de mujer como hija, esposa y madre, compartido por los liberales tanto como por quienes esgrimían un discurso supuestamente antiliberal, era el modelo de comportamiento esperado, moral y socialmente conveniente<sup>12</sup>. En todo caso, la única función para la reproducción de los bienes simbólicos de la familia que se le asignaba era la de ser la guardiana de la memoria y la divulgadora familiar de las vidas virtuosas de sus hombres. Paradójicamente, las madres de familia (las únicas a las que se podía reconocer una feminidad plena y pura) debían ser guardianas de su prisión y carceleras de sí mismas.

### **El matrimonio, el amor y el erotismo en la vida privada de Leopoldo Lugones**

El amor y el erotismo han sido temas presentes en no pocas reflexiones. Sin duda, la mayoría de las investigaciones que los abordan se encuentran entre el campo de la psicología y la filosofía, pero son muchos menos comunes los estudios empíricos y

---

<sup>11</sup> Michelle Z. Rosaldo: "Woman, Culture and society: a theoretical overview", en Rosaldo y Lamphere (eds.) *Woman, Culture and Society*, Stanford, 1974, p. 28.

<sup>12</sup> Esos valores y comportamientos, presentados como típicamente femeninos, fueron sistemáticamente contruidos y reproducidos por el sistema educativo, a partir de la implementación de la Ley 1420. Este tema ha sido trabajado en: Lucía Lionetti, "La educación del 'bello sexo' para el ejercicio de la ciudadanía" en Pilar Pérez Cantó: *Autoras y protagonistas*, Madrid, Instituto de la Mujer-Universidad de New York in Madrid, 2000.



cuando estos se dan, en general, hacen referencia al género femenino, como si el amor fuera una cuestión que sólo atañe a las mujeres.

No es menos cierto, que el amor y el erotismo son muchas veces pensados como algo sólo vinculado con el mundo emotivo, íntimo e inmaterial, autónomo e incontrolable y sin nexos con la construcción social de la cultura. Sin embargo, desde mi perspectiva el amor y el erotismo son formas específicas e importantes del vínculo social. Asimismo, es un plano privilegiado para aproximarnos a la subjetividad de los actores y para comprender como esa experiencia íntima revela la forma de vinculación con las instituciones, los valores, la sociabilidad y el poder<sup>13</sup>. Luhman entiende que el amor o lo amoroso constituye un horizonte de sentido ya que “no es en sí mismo un sentimiento, sino un código de comunicación de acuerdo con cuyas reglas se expresan en formas o se simulan determinados sentimientos, o se supedita uno a dichas reglas o las niega, para poder adaptarse a las circunstancias que se presenten en el momento en que deba realizarse la correspondiente comunicación”<sup>14</sup>

Las sociedades patriarcales tendieron y tienden a deslindar la relación entre amor y sexualidad y en líneas generales se puede decir que no se ha considerado que la sexualidad activa, el amor pasión, fuera un vínculo verdaderamente profundo o capaz de justificar alguna forma de institucionalización o perdurabilidad. De allí, el “prestigio” del amor romántico, extendido desde finales del siglo XVIII, y donde se expresaba una potestad del amor espiritual por sobre el vínculo sexual o carnal. De esta prevalencia se derivaban otras consideraciones no menos importantes que hacían al concepto de la mujer como esposa, madre y reina del hogar. Es decir, el ideal del amor romántico ha sido el fundamento moderno de la institución matrimonial. Las experiencias del amor apasionado, fundado en el erotismo y el encuentro sexual, quedaron destinados a otras formas de vínculos, muy complejos en sus dimensiones y percepciones, con “la querida” o incluso la prostituta. Es interesante señalar que estos segundos vínculos fueran a la vez ocultados o publicitados, se desarrollaban fuera del ámbito doméstico y en ellas los hombres cultivaban buena parte de su masculinidad, en tanto las mujeres eran despojadas de su rol de esposa y madre y arrojadas a una

---

<sup>13</sup> Corona Berkin y Rodríguez Morales, Z: “El amor como vínculo social, discurso e historia: aproximaciones bibliográficas”, en **Espiral, Revista de Estudios Sobre Estado y Sociedad**, Volumen VI, N° 17, enero-abril 2003.

<sup>14</sup> Luhman, N: **El amor como pasión**, Barcelona, península, 1985, pg. 21

identidad no delimitada ni legitimada moralmente, pero en alguna medida acreditada como elemento consolidador de la masculinidad.

Asimismo, y a partir de lo anterior, puede advertirse que a la esposa le fue sustraída su sexualidad, en tanto ejercicio desinhibido y fuente de placer. Al respecto, puede recordarse que Philippe Ariès ha estudiado como las sociedades modernas de occidente fueron construyendo una moral donde el “hombre sano” debía amar a su mujer con ponderación y no con pasión. Es decir, un hombre que debía saber controlar su deseo ya que “nada era más inmundo que amar a la propia esposa como a una amante”<sup>15</sup>.

Todo lo anterior muestra que hay dos formas posibles de amar para la sociedad patriarcal occidental. En el ámbito doméstico debe triunfar la represión del deseo y en el ámbito extra hogareño se permite la liberación de ese mismo deseo con mujeres que tienen una consideración moral diferente a la de la propia esposa. La represión a las mujeres es evidente, pero no es menos cierta que esta dualidad es también generadora de muchas tensiones y contradicciones masculinas. Sí el libre ejercicio de la sexualidad es lo que permite a los humanos alcanzar, hacer inteligible, su propia identidad y su ser más profundo ¿cuál es el lugar que ocupa la amante en la consideración afectiva de los hombres?. Sin duda esta bipolaridad sobre la que se estructuró la vida afectiva del occidente no pudo no ser sino generadora de muchas neurosis y conflictos íntimos profundos.

Ahora bien, el interés de esta primeras notas es generar algunos puntos para el debate en torno a las posibles construcciones sociales del amor y las prácticas discursivas que conlleva a partir del análisis de un caso específico.

Leopoldo Lugones se casó en 1896 con Juana González, su novia de la temprana juventud y hermana de uno de sus amigos cordobeses. El matrimonio se realizó sólo

---

<sup>15</sup> Ariès, P. “El matrimonio indisoluble” en **Sexualidades occidentales**, Piados, México, 1987, pg.181-182. Sobre los orígenes históricos del matrimonio moderno pueden verse también: Casey, J: Historia de la Familia, Madrid, Espasa Calpe, 1990 y Roswitha Hipp: “Orígenes del matrimonio y la familia modernos”, en **Revista Austral de Ciencias Sociales**, 11. Esta autora, que incluye la realidad latinoamericana en su estudio, señala que el amor conyugal fue uno de los temas recurrentes de la literatura y que siempre se buscaba reafirmar que ese amor debía ser respetuoso más que pasional y que esto se hallaba fuertemente influido por el discurso del catolicismo que veía al matrimonio como institución reproductora y no fuente de placer. Resulta muy interesante la advertencia que realiza Hipp sobre la contradicción inherente que encarna esta concepción, ya que la familia era vista como principio de orden, pero al mismo tiempo se la consideraba incapaz de contener los impulsos carnales. Aries y Hipp no dudan en afirmar que primero la Iglesia católica y luego el Estado se encargaron de reafirmar el carácter indisoluble del matrimonio en tanto garante de una conducta y una moral conveniente.

ante instancias civiles, como correspondía al ideario del novio. No es posible saber si esa voluntad era compartida por la novia o fue una imposición de una de las partes involucradas. El casamiento señaló el ingreso a la vida adulta de Lugones ya que el mismo se concretó al mismo tiempo en que el poeta decidió radicarse en Buenos Aires y comenzar a desarrollar su carrera intelectual de forma profesional. Al año siguiente de haberse concretado el matrimonio nació el único hijo de la pareja: Leopoldo (hijo) quien sería conocido como Polo Lugones.

Los primeros lugares físicos donde se instaló la pareja se encontraban en los barrios del sur de la ciudad, pero poco a poco, y marcando una ruta clara del ascenso social, el matrimonio y luego la familia se fue mudando hacia los barrios más sofisticados. Así, de el Pasaje San Lorenzo se trasladaron a la calle Balcarce, de allí a Perú al 1600 para finalmente llegar a aquellas zonas más acreditadas e instalarse sucesivamente en Santa Fe al 2100, Billinghurst al 1800, Ecuador al 1300, Santa Fe al 1200, Güemes al 2900, Callao y nuevamente Santa Fe. Las reiteradas mudanzas también implicaban una mejora de las propias viviendas: de departamentos más modestos a otros más amplios, de departamentos confortables a piso y de piso a *petit* hotel. Algunos de los contemporáneos de la familia Lugones gustaban atribuir estos traslados a las pretensiones de la señora Lugones. Sin embargo, las descripciones de los hogares que ellos mismos realizaron ponen en evidencia la influencia de la personalidad del marido. Lo cual, por lo menos permite sostener que se trataba de una aspiración compartida.

El comportamiento pretendidamente burgués no sólo se reflejaba en las mudanzas, sino también en la disposición interior de la vivienda, la decoración y en la diferenciación entre los espacios públicos, abiertos a las visitas, y aquellos más íntimos y cotidianos. En cada una de las casas que habitaron el retrato de Sarmiento presidía la sala de recepción que se hallaba recargada de objetos exóticos y ostentosos casi como una materialización de la poesía modernista que había cultivado el dueño de casa. Por ello, resulta difícil concebir que Juanita González hubiera sido la única diseñadora de la escenografía hogareña. Lo cierto es que la ambientación de la vivienda seguía siendo “modernista” aun cuando el poeta ya había dejado de serlo y siempre mantuvo un sinfín de elementos extravagantes, mezclas de estilos y encuentros (muy parecidos a choques) de culturas también diversas. Félix Lima, en una prosa cargada de ironía y burla, describe el *living* de la calle Ecuador como una muestra densa de objetos que llevaban

al extremo oriente (geishas, dragones, gongs, mamparas, etc. etc.) y que repentinamente sumergían al visitante en lo más selecto de la cultura europea (particularmente francesa) cuando se sentaba en los sillones o en los muebles estilo Luis XV del comedor o tomaba los cubiertos de inspiración renacentista<sup>16</sup>. En esos ámbitos los Lugones recibieron con cierta asiduidad, por ejemplo a Julio Argentino Roca

De Juana González se sabe muy poco. Una escasa mención pública de Lugones, un libro dedicado y otro escrito en su honor del que hablaré más adelante, escasísimas fotos acompañando a su esposo y algunas cuantas sátiras de aquellos detractores de Lugones que se burlaban de sus extravagancias a través del comportamiento de su mujer. Y tampoco es mucho lo que esos críticos han dicho: que hablaba fuerte y mucho de temas que poco conocía, pero que suponía le daban un lustre intelectual, que se ponía sombreros llamativamente exagerados y que gustaba usar quimonos. Algunos relatos pintan al belicoso Lugones como un personaje sumiso dentro del hogar, preocupado por los gastos y obsesiones de la esposa<sup>17</sup>. La obsesión por la limpieza es algo que han resaltado los biógrafos de la familia Lugones, quienes relatan que Juanita limpiaba insistentemente con lavandina todos los lugares que habían sido ocupados por las visitas en cuanto éstas se retiraban<sup>18</sup>. Y, no puedo dejar de señalar la llamativa coincidencia del matrimonio Lugones: el afuera, lo ajeno y diferente era visto como amenaza, como peligro. Juana lo expresaba en el plano más doméstico y material, Leopoldo en el plano discursivo, ideológico y político. Ese fue el contexto en el que se crió Polo que devendría en un personaje siniestro, obsesivo y perverso.

Ahora bien, y aun habiendo sido Juana González una déspota en su hogar como señalaban algunos conocidos, lo cierto es que esa realidad sólo estaría reflejando una organización patriarcal típica donde la mujer es a la vez sometida y “reina del hogar”. La imagen de Lugones fue siempre la de un hombre solo, su mujer no participaba de sus constantes hazañas públicas y algunos de los gustos que se le atribuyen eran, como queda dicho, muy cercanos a los gustos del marido.

Con un solo hecho Lugones le dio un cierto protagonismo y eso sucedió en 1912 cuando publicó el **Libro Fiel**, una obra poética editada en Francia, escrita en homenaje

---

<sup>16</sup> Félix Lima: **Entraña de Buenos Aires**, Buenos Aires, Solar, Hachette, 1969

<sup>17</sup> Alberto Conil Paz igualmente entiende que se trataba de “gustos de gran señor” que complacían a Lugones. Conil Paz: **Lugones**, Buenos Aires, Huemul, 1985

<sup>18</sup> Analía García y Marcela Fernández Vidal: **Pirí**, Buenos Aires, Ediciones de la Flor-UTPBA, 1995.

a su esposa y cuyo prólogo, escrito por Ventura García Calderón, terminaba con una frase muy repetida por el propio Lugones: *“tengo la reputación de ser el marido más fiel de Buenos Aires y la merezco”*. Es decir que, como solía suceder con el hombre que me ocupa, el libro dedicado a Juana era en buena medida una auto celebración de las virtudes del autor. Este libro estuvo lejos de ser una celebración al amor, mucho menos al erotismo. Y también fue una obra ajena a aquellos versos casi juveniles de **Las montañas de oro**<sup>19</sup> donde el erotismo se expresaba a través de artilugios altisonantes y metáforas no siempre felices, pero claramente vinculadas con el desgarró, el dolor y la violencia. Pero, también está distante del más atemperado **Los crepúsculos del jardín**, escrito en 1905, donde el erotismo se mostraba domesticado y confundido con la ternura<sup>20</sup>. **El Libro Fiel** reúne una serie de poesías de tono descriptivo y moral que refieren el paso de doncella a esposa. Resulta evidente la expropiación de la sexualidad de la mujer casada, cuestión a la me he referido al iniciar este apartado. La esposa no era, ni debía ser, objeto de deseo. Por ello Lugones reivindica y celebra que su mujer *“calma con gracia inocente el fervor de mi combate”*.

Sin embargo, y al mismo tiempo que canta que esa mujer se halla vuelto casi una hermana, aparece sutil y casi disimulado un lamento que, según entiendo, evidencia como la moral sexual predominante en la época implicaba una violencia que se ejercía hacia las mujeres pero de la que también eran víctimas los propios hombres. Como ejemplo veamos el llanto silenciado de quien necesita y no tiene emociones:

*“La luna cava un blanco abismo de quietud,*

*en cuya cuenca las cosas son cadáveres*

*y las sombras viven como ideas*

*.Y uno se pasma de lo próxima que está la muerte*

*en la blancura aquella, e lo bello que es el mundo*

*poseído por la antigüedad de la luna llena,*

---

<sup>19</sup> Fue publicado originalmente en 1897

<sup>20</sup> María Pía López: Lugones, entre la aventura y la cruzada, Bs As, Colihue, 2004, pg. 69

*y el ansia tristísima de ser amado*

*en el corazón doloroso tiembla.*

*Hay una ciudad en el aire,*

*una ciudad casi invisible suspensa,*

*cuyos vagos perfiles sobre la clara noche transparentan,*

*como las rayas de agua en un pliego, su cristalización poliédrica*

*Una ciudad tan lejana,*

*que angustia con su absurda presencia.”<sup>21</sup>*

Lo cierto es que la temática central del poemario es una alabanza deserotizada a la esposa y a la madre mediante un discurso carente de emotividad profunda y plagada de elogios a la dinámica cotidiana y al modelo tradicional de lo femenino y la relación conyugal. Al mismo tiempo y casi como un complemento político-pedagógico de esa obra poética, Lugones inició una saga de escritos periodísticos donde reclamaba preservar un sólido modelo familiar como reaseguro frente a las transformaciones que empezaban a producirse, el caos y la feminización de la sociedad. Desde esos años tempranos y cada vez más marcadamente a medida que se va definiendo por el autoritarismo, las mujeres fueron siendo pensadas como civilizadoras en el hogar y en los primeros años de la educación básica. La madre, si estaba bien ubicada en su función era formadora inicial de hombres útiles a la patria, si escapaba al “reinado del hogar” se convertía en una agente del desorden, aunque llegaba a ese lugar por su incapacidad más que por su voluntad o decisión.

Por todo lo dicho, en Lugones aparece claramente como la voluptuosidad y la defensa (como destino de pulsión) se expresan en el lenguaje, estableciendo formas particulares y específicas de signos, secuencias y retóricas<sup>22</sup>, subrayando y ocultando, pero también volviendo visible lo que quiere negarse. Borges ha dicho que como escritor Lugones podía generar admiración pero no afecto. Y sin duda la afectividad, o la incapacidad de

---

<sup>21</sup> Leopoldo Lugones, “Soledad Blanca” en **El Libro Fiel**

<sup>22</sup> Maldovsky, David: **Lenguaje, pulsiones, defensas**, Buenos Aires, Nueva Visión, 2000, pg. 16

expresarla o sentirla, fue un gran tema entre las inseguridades lugonianas y ya no sólo de los otros hacía él sino desde él mismo hacia los demás.

En apariencia, esta falta de emoción finalizó bruscamente en 1926 cuando “Lugones conoció el amor” como han señalado algunos autores. Pero, con ese encuentro ¿se transforma realmente el mundo interior del poeta?; ¿alcanza una nueva percepción y el reconocimiento y valoración de una otra?. De esto buscaré ocuparme en las líneas que siguen.

Efectivamente, un día de 1926 Lugones conoció a Emilia Santiago Caldelago, cuando ella concurrió a la Biblioteca del Maestro en busca de **Lunario Sentimental**. Se produjo entonces el encuentro entre la joven estudiante de Letras del Instituto del Profesorado y el afamado poeta y Director de la Biblioteca<sup>23</sup>. A los pocos días de esa primera entrevista, Lugones la citó a su oficina para entregarle un ejemplar del **Lunario Sentimental**, autografiado y con la dedicatoria: "*A Aglaura, mi dulzura*". El romance se prolongó por varios años hasta que Polo Lugones descubrió el vínculo de su padre y desarrollando lo que mejor sabía hacer, vigilar, perseguir, amenazar, puso fin a la relación. Su mayor temor era que su padre abandonara a Juana González y con ese sólo acto derrumbara la estatua forjada a lo largo de tantos años. Dispuesto a evitar la catástrofe obligó a Emilia, mediante una advertencia que tenía mucho de amenaza realizada a los padres de la joven, a guardar un silencio absoluto y definitivo frente a los reclamos libertinos del poeta.

Resulta evidente que ante esta pasión entorpecida, Lugones, como hacía con la política, convirtió a la palabra en su forma de acción, casi como una sublimación. Escribió entonces su única novela, **El Ángel de la sombra**, donde resulta evidente el esfuerzo por poner en términos ficcionales su propia historia. Así, las referencias indirectas, los guiños para sus lectores constantes, vuelven indiscutible que el autor encarnaba al protagonista y viceversa, construyendo la trama a partir de un sentimiento y una fogosidad no convencional, pasible de censura social, entre un profesor de francés y su joven alumna.

---

<sup>23</sup> Lugones describió el momento de la siguiente manera: "*Lo que aquella tarde me cambió la vida/ dejándola a la otra para siempre atada/ fue una joven de vestido verde /que con dulce asombro me miró callada*". No está de más subrayar cuan elogioso le resultaba al poeta que los demás le prodigarán su admiración y se asombraran ante su sola presencia.

Mientras el romance fue factible, y luego de que fuera descubierto y censurado brutalmente, Lugones le escribió cartas y poemas a su amante, a quien siempre llamaba Aglaura<sup>24</sup>, manteniendo el juego de ocultarse al mismo tiempo que hacerse visible auto denominándose a través de anagramas como “Ugopoleón del Sol” o “Osolón de Ploguel”. Probablemente, esos guiños (igualmente que la dedicatoria de una charla a Aglaura) que buscaban, de alguna manera, hacer público un amor oculto y nada conveniente para el “marido más fiel” conllevaban una aclamación a la virilidad, una celebración de su propia hombría.

Las cartas, algunas regadas por su sangre y por su semen, reclamaban caricias, instaban a nuevos encuentros y se centraban en el dolor del amado que no poseía a su amante. Utilizo los términos amado y amante no casualmente, sino porque en el trasfondo de la cartas y poemas hay un ambiguo uso del pensamiento platónico. En primera instancia Lugones se presentaba como el amante que se arrodilla a implorarlo a su amada. Pero, sin embargo y al leer profunda y conjuntamente todos los escritos destinados a Emilia aparece más claramente la imagen de un Lugones engrandecido por el papel de amado que le otorga la joven. Amado y por lo tanto admirado y merecedor de todos los esfuerzos con tal de que dirigiera su mirada a quien lo contemplaba y le solicitaba su amor.

Por ello, en sus escritos nunca hay una reflexión sobre la difícil situación en la que ha quedado involucrada esa joven de clase acomodada, hija de un ingeniero de la marina y con férreos principios morales sobre la dignidad de las mujeres. Tampoco hubo promesas de un futuro diferente, ni tan siquiera una excusa. Solo estaban los gritos eróticos del hombre, repetidos y subrayados aunque incomodaran a la joven que imploraba se callaran ciertas palabras, el relato minucioso de los encuentros.

Lo cierto es que en todos los escritos que emergieron de este vínculo, es decir la novela y los textos privados, subyacía una tensión entre el hombre público, moralista y

---

<sup>24</sup> Aglaura la luminosa, según algunos mitos griegos, fue mujer de Hermes, Dios de la elocuencia, la palabra y la inteligencia. Se pensaba que era el inventor de la escritura y se le atribuía la invención de la astronomía y de las matemáticas, así como el haber dado leyes a los hombres y haber señalado las medidas y las pesas. Protector de la juventud, se le tenía por el primer organizador de juegos gimnásticos para ejercitar a la juventud y hacerla fuerte y vigorosa. Las atribuciones divinas de Hermes se desarrollaban e invadían los campos de influencias de las demás divinidades. Entre sus símbolos sobresalía el caduceo de serpientes. Como puede verse, todos los rasgos de Hermes son una clara referencia a lo que Lugones deseaba ser. Aglaura, por lo tanto, no es un nombre de entrega amorosa a Emilia, sino una forma de auto celebración.

En una conferencia brindada en el Teatro Opera el 27 de mayo de 1928, según señala el diario **La Nación**, menciona subrepticamente a su amante al dedicarle la alocución “*A Aglaura luminosa en cuyo templo jurábanse también la fidelidad de las armas, conciliando en un solo culto la alegría y la gloria*”



censurador de debilidades ajenas y el hombre ya maduro que asumía y desplegaba una pasión que lo conmocionaba, que por un lado lo volvía débilmente humano y por otro lo acercaba a una dimensión sobre natural, pues siempre remarcó que ese amor provenía de voluntades divinas que lo habían predestinado a ese encuentro. La trascendencia la encontraba en la incondicionalidad de su amante que, aun separada abruptamente de él, fue su novia eterna, (su “novia inmortal” como él la llamaba) hasta el día de su muerte, ocurrida cuarenta y tres años después que su amado y luego de haber pedido expresamente ser sepultada junto a un muñeco que le había regalado Lugones<sup>25</sup>

Por otro lado es muy evidente que Lugones no abandonaba su impronta dominante y subestimadora de lo femenino, haciendo uso y abuso de diminutivos (“*garcita de plata*”, “*reinita*”, “*panterita de oro*” y “*pichoncito*”, incluso “*hijita*”) que subrayaban su propia grandeza masculina y un abrumador temor ante la seducción femenina, entendida como poder incontrolable. Pero además se manifestaba un contundente menosprecio por las capacidades femeninas cuando se negaba a hablar de cuestiones que Emilia quería conocer, discutir (por ejemplo la teosofía) y que él elude señalando que se le ha acabado el papel o en otra carta (y evidentemente ante un pedido repetido) que teme explicarlo rápido y mal y por ende llevarla a un error. En ese sentido, no puedo dejar de señalar que mientras tenía un vínculo fluido con esta interesada estudiante (interesada cultural e intelectualmente que además de sus cursos en el profesorado, asistía como oyente a cursos de Filosofía y Letras tanto como a conferencias y seguramente estaba expectante de lo que podría aprender del poeta consagrado), Lugones escribía en el diario **La Nación** que “*hay actividades para las cuales la mujer no sirve: la política, la guerra, la creación científica y el arte*”<sup>26</sup> y le escribía a la propia Emilia: “*sabrás que nada me hizo tan feliz como tu silencio cuando hablamos respecto de mi discurso. Eso me probó que solo mi cariño te poseía, como yo quiero, sin literatura ni filosofía, sin complicaciones ni plácemes corteses*”<sup>27</sup>.

A “Aglaura la luminosa” nunca le reconoció brillo intelectual, sus elogios son a la mujer en tanto objeto de deseo carnal, “*al ser de pasión que eres tu también*”, a esa mujer que se ha convertido en fuego “*porque yo la encendí*”. La virilidad se expresaba a través de

---

<sup>25</sup> Merecería una reflexión aparte el hecho de que esa mujer que calló durante todo el tiempo que duró el romance, los años que siguieron y los que siguieron a la muerte del poeta, pidiera expresamente que las cartas y poemas que él le enviara fueran publicadas tras su muerte.

<sup>26</sup> Leopoldo Lugones: “La anarquía estética”, **Diario La Nación**, 8 de septiembre de 1929.

<sup>27</sup> El subrayado es mío.

una concepción del erotismo que se construía a partir de la voluntad masculina y que se expresaba por medio de la violencia, la fatalidad y en definitiva de la muerte como amenaza y como liberación. Jorge Monteleone, analizando la poesía amorosa de Lugones, señala que la imagen de la mujer era disgregada por medio de sustituciones o desplazamientos. Valoraba ciertas zonas del cuerpo femenino, constituidas como virtuales centros del deseo poético, a partir de los cuales se eslabonan cadenas metafóricas o metonímicas<sup>28</sup>. Así, Lugones enamorado parcializaba el objeto amoroso, fetichizaba porciones, por ejemplo los pies y pedía que su amante le enviara cintas que hubieran estado en contacto con partes de su cuerpo. Como ha señalado Barthes ese cuerpo de mujer era un cuerpo blanco como el de un fantasma o el de una muerta, es decir en definitiva hay una anulación del ser amado en nombre del amor mismo<sup>29</sup>. Se espiritualizaba, desplazándose al paisaje o era sustituido, simbólicamente, por las vestiduras o las gemas u otras extravagancias de tinte modernista que Lugones recuperaba después de muchos años de haber abandonado esa tendencia

A su vez, emerge una concepción de la masculinidad que se construía sobre la mujer como posesión predestinada. El amor exigía heroísmo tanto como poesía, pero fundamentalmente la entrega ilimitada de la mujer que de esa manera honraba y construía la masculinidad de su amado. Los tópicos de la acción y el valor, como puede verse, eran los mismos para el espacio público y para el privado... secreto. Y también, en ambos casos los esquemas de acción se construían a partir de criterios aristocráticos de honor e hidalguía, aunque no puede desconocerse que en definitiva reproducía los pautas burguesas de la esposa fiel, alejada de la seducción, y la amante como refugio del erotismo.

### **A modo de conclusión:**

Como es sabido, Lacan puso el énfasis en la eficacia del lenguaje en la determinación de la subjetividad y en el lenguaje del erotismo. Asimismo, y convertido ya en un clásico, es ineludible hacer referencia a Foucault y en particular el concepto de que el sexo y la sexualidad son constructos sociales e históricos. Estos son experimentados subjetivamente, y por lo tanto son conceptos superadores de cualquier definición

---

<sup>28</sup> Jorge Monteleone: "Leopoldo Lugones, el cuerpo doble", **Everba**, verano 2004.

<sup>29</sup> Barthes, Roland : **Lo obvio y lo obtuso. Imágenes, gestos, voces**, Barcelona, Paidós, 1982

biologicista o sexológica y que, por el contrario se levantan sobre tres pilares principales: el principio de poder, el de saber y el de placer<sup>30</sup>

Por todo eso, y partiendo de que el sexo se ha reglamentado mediante discursos múltiples y que como señala Foucault, las prácticas generan discursos, los discursos producen prácticas y los sujetos se construyen entre ambas, he tratado de analizar de que manera vivía y sentía el amor y el erotismo Leopoldo Lugones, como ello estaba influenciado por sus perspectivas políticas y sociales y por sus angustias y temores más profundos.

La inscripción del poder es en el cuerpo mismo, se imprime en sus hábitos, en sus acciones, en sus respuestas. Más que reprimir, habitúa... hace cuerpos dóciles. Así, si bien el papel práctico del “sexo” es, como ya hemos dicho, que cada sujeto acceda a su propia inteligibilidad y a la totalidad de su cuerpo, a su identidad y a su potencialidad de amar y ser, es también una experiencia contundente para que cada individuo se enfrente a sus miedos, a sus contradicciones y a sus expectativas más recónditas.

Lugones parece haber sido marcado por una inseguridad primigenia al sentirse excluido de los ámbitos más claramente delimitados de la élite. Esa presunción de exclusión lo llevó a reforzar su sensación de no ser nunca reconocido y ser siempre amenazado por la ignorancia de aquellos a los que consideraba más vulgares. Esto lo llevó a tomar caminos políticos e ideológicos marcados por el autoritarismo. Y a exagerar cada una de sus opiniones, perspectivas y gestos con tal de alcanzar la mirada ajena que lo constituyera.

De tal manera, fue un personaje múltiple, acostumbrado a las provocaciones y a la autocelebración. En este *paper* he buscado hacer una primera aproximación a una faceta íntima de su vida, a partir de considerar que el amor y el erotismo son formas de vínculo social que expresan dimensiones profundas y se expresan a través de formas también específicas. Para ello he analizado escritos públicos y privados de Lugones. Como ha señalado Barthes en **Fragmentos de un discurso amoroso**, conocer lo amoroso implica necesariamente recurrir al discurso del sujeto enamorado, pero este es un discurso que posee la particularidad de no reproducir una estructura narrativa típica y es un sistema a medias codificado y a medias proyectivo<sup>31</sup>. El escrito amoroso es un discurso a la vez vacío (en tanto codificado) y expresivo ya que está cargado de deseo de significar, pero

---

<sup>30</sup> Foucault: Historia de la sexualidad, pg. 19

<sup>31</sup> Barthes, R: **Fragmentos de un discurso amoroso**, México, Siglo XXI, 1982, pg. 14-16

nunca es un discurso acabado, hecho para consumir, sino que cobra su sentido último cuando llega a su único destinatario, si es que entonces lo alcanza . Pero, como señala el mismo Barthes, el emisor del discurso amoroso pone nombre a su historia a partir de un catálogo cultural que posee.

Y así, he tratado de evidenciar como Lugones estuvo cruzado por discursos morales, deseos, lecturas filosóficas y también perspectivas políticas e ideológicas que lo construían pero a la vez lo atormentaban. Así, apostó buena parte su vida a la serenidad y seguridad del matrimonio, pero no sólo como garante del orden social sino también y fundamentalmente como reaseguro personal ante el miedo que le causaba sentirse impotente y débil ante la pasión. Sin embargo, y aunque tardíamente, ese sentimiento, esa emoción, lo involucró y le permitió pensarse como protagonista de una historia trascendente y al mismo tiempo sentirse por ello temeroso de otorgarle poder a quien lo conmovía, de volverse débil ante una otra.

Por contradicciones propias y las del orden que él había ayudado a construir (no se puede olvidar que el verdugo de su amor maduro fue su propio hijo y en nombre de los valores que el propio Lugones había argumentado) ese amor se vuelve imposible y lo remite a la tragedia. Una tragedia que puede haber sido real o simbólica, pero que se organizaba en un discurso donde lo amoroso se entrelazaba con la desdicha, el heroísmo y la violencia. En ese sentido, el amor fue vivido siempre como una amenaza, ya sea porque lo volvía vulnerable o porque lo dejaba en la desesperación si el objeto de deseo desaparecía.

El interés de estudiar este caso específico reviste interés en tanto puede aportar conocimientos sobre la dinámica cultural de una época, pero también y como ha señalado Peter Gay porque permite tener en cuenta el importante papel del mundo social en la formación de los espíritus , incluso en su funcionamiento inconsciente<sup>32</sup>

---

<sup>32</sup> Gay, P: op. Cit, pg. 16